

La Asociación Civil **Grupo Diez** de asistencia y prevención de las adicciones, con el subsidio del Programa Argentina Previene 2019 de SEDRONAR

## Convoca al Concurso de Cuentos a jóvenes hasta 35 años. Los jóvenes y la creación: "Contá el final de la historia"

- Se seleccionarán tres finales que serán premiados con la publicación del libro y la suma de 6000 pesos a cada uno.
- Última fecha de presentación: **20 de mayo de 2020.**
- Bases del concurso en: [www.grupodiez.com.ar](http://www.grupodiez.com.ar)
- Teléfono de consulta: 11 48 66 65 49.
- Novedades e información actualizada en Facebook: <https://www.facebook.com/ConcursoJovenesylaCreacion/>

### Objetivos del proyecto:

- Promover la producción de materiales generados por los mismos jóvenes permitirá la reflexión sobre su rol e intervención en el tema como así también explorar la fantasmagoría vinculada a las drogas.
- Promover y estimular la reflexión sobre la representación social del consumo a través del proceso creador.
- Apoyar iniciativas que permitan la difusión de la experiencia y la posibilidad de ofrecerlo como disparador en futuros debates y talleres de prevención a jóvenes y a la población en general.

### BASES PARA LA PARTICIPACIÓN

La Asociación civil Grupo Diez de asistencia y prevención de las Adicciones con el subsidio de **Argentina Previene 2019 Programa de prevención de adicciones para organizaciones de la sociedad civil** de SEDRONAR, llama a un concurso de cuentos a todos los jóvenes argentinos, por nacimiento u opción, que residan en el territorio nacional, hasta 35 años de edad a participar del Concurso de cuentos "Contá el final de la historia", en el que cada participante deberá redactar dos finales con una extensión máxima de 3 páginas, uno para el relato "Amigos" y otro para el relato "Azuquitar".

### REGLAMENTO

La presentación de los finales a los dos cuentos deberá incluir:

1. Al frente del sobre: un seudónimo.

Concurso de cuentos Los jóvenes y la creación "Contá el final de la historia"  
Información y Bases

2. En sobre cerrado y aparte, caratulado con el seudónimo, se colocarán en su interior nombre y currículum abreviado del autor (o autores en caso de autoría compartida), documento de identidad, fecha y lugar de nacimiento, domicilio, teléfono y dirección de e-mail.
3. Los textos deberán ser inéditos, escritos en castellano, no premiados en ningún otro concurso y no publicados anteriormente, deberán ser firmados con el seudónimo. Se presentará por triplicado. La extensión será de un máximo de 3 folios letra Arial, cuerpo 12, a doble espacio en una sola cara del papel. Deberán redactar el desenlace del cuento titulado "Amigos" iniciado por la escritora Susana Gutiérrez Posse y el cuento "Azuquítar" de la escritora Gilda Bona, que se adjuntan en las bases. Ambos relatos se presentarán interrumpidos por sus autoras antes de finalizar. Deberá enviarse cada final especificando a que cuento pertenece. Con los originales será imprescindible en caso de ser menor, adjuntar declaración firmada por los padres o tutores del participante, indicando sus datos personales, documento de identidad, autorizando a participar en el concurso y manifestando que aceptan expresamente las bases y condiciones de este concurso.
4. El sobre deberá presentarse personalmente o enviarse por correo a Guatemala 4260 PB dpto. G. Buenos Aires, consignando **Los jóvenes y la creación Concurso de cuentos. "Contá el final de la historia"**. Y enviar un mail a [info@grupodiez.com.ar](mailto:info@grupodiez.com.ar) informando el envío del sobre, una vez recibido la institución comunicará el recibo del mismo.
5. El plazo de admisión se cerrará el **20 de mayo de 2020**, tomándose como comprobante de la fecha de envío el sello postal del correo empleado. La institución Grupo Diez no se hace responsable de las posibles pérdidas o deterioros de los originales, ni de los retrasos o cualquier otra circunstancia imputable a los servicios de correos o a terceros que pueda afectar a los envíos de las obras participantes en el concurso.
6. Los textos serán evaluados por una Comisión de Lectura, a fin de orientar la selección del material, de acuerdo con su calidad y adherencia temática al carácter de esta Convocatoria. El Jurado estará integrado por personalidades vinculadas a la literatura y a la prevención en adicciones. Su fallo será inapelable.
7. Se seleccionarán tres finales sin orden de mérito y recibirán en concepto de Premio 20 ejemplares de la publicación y la suma de \$ 6.000 (seis mil pesos) a cada uno.
8. Los textos seleccionados serán notificados el día **20 de junio 2020**.
9. Los premios se entregarán en un acto oficial organizado por la Asociación Civil Grupo Diez con fecha a consignar.
10. Los autores podrán ser invitados a dialogar en mesas redondas brindando su aporte sobre el proceso creador. Los textos seleccionados editados como así también las menciones que el Jurado determine, pasarán a formar parte de manera gratuita de las bibliotecas e instituciones interesadas en la temática del concurso.

11. Los textos no premiados podrán retirarse dentro de los 30 días. Una vez pasado ese tiempo serán destruidos.
12. El hecho de participar en este concurso supone la plena aceptación de sus bases y cualquier imprevisto que resuelva el jurado.

## CUENTOS

### **AMIGOS**

Susana Gutiérrez Posse

Desde la ventana de mi cuarto, lo veo a Andrés sentado, como siempre, en el escalón de la casa abandonada; si no fuera por nosotros, toda la vereda y la escalera ya estarían cubiertas por la hiedra.

La veo llegar a Luciana. Esta vez está sin ese maldito perro que tiene por costumbre olerme las bolas. A ella le da risa, y yo también me río, ¿qué otra cosa puedo hacer? Me gusta mirarla. Se cortó el pelo, demasiado para mi gusto, tiene tan lindos rulos, bucles creo que les dicen, pero parece que a ella le molestan y se la pasa tirándose los rulos para atrás, despejándose la frente. Lo hace todo el tiempo, aunque el pelo no le caiga sobre los ojos. Andrés le toca la cabeza. Y ella ríe. A ella todo le divierte. Se ríe de sí misma, de nosotros, de los demás. Es alegre de nacimiento. No como yo, "amargo obrero", como me dice mi vieja. De dónde habrá salido eso... amargo obrero. Nunca le pregunté.

Espero un rato más para ir, no voy a salir como un desesperado ni bien llega. "Hola Luciana, ¿qué tal, cómo están? ¿Qué tal Andrés? ¿Hace mucho que llegaron? Tengo una noticia que les va a gustar". No, no, qué sé yo si les va a gustar... Mejor les digo: "¿Saben? Me seleccionaron para jugar en primera división, a partir del lunes empiezo a entrenar tres veces por semana y después cuatro, así que no creo que pueda venir tan seguido". ¡Eso! Así les voy a decir. Ellos no se toman muy en serio lo bien que juego. Tres goles hice en la canchita, y creyeron que fue de casualidad. Al primero que voy a impresionar cuando se los diga va a ser a Andrés... y a Luciana, no sé, mucho no le interesan los deportes, estudia artes o algo así, artes plásticas dijo, fuma porro para inspirarse, dice que los artistas se drogan con lo que encuentran. Un día voy a invitarla al club: en el bar siempre cuelgan cuadros, hacen exposiciones de pintores y las cambian todo el tiempo, eso le puede gustar. Tengo que ver cómo se lo digo sin que escuche Andrés. Él, como no tiene nada que hacer, se suma en todas. Muchas veces pasa las horas sentado en el escalón de la casa abandonada. Yo lo miro y me pregunto qué hace con ese palo toda la tarde... agarra el palo y dale que dale dibuja círculos sobre la vereda. En la esquina el tiempo no cuenta. A veces me siento con Andrés aunque ella no esté, así no quedo en evidencia. Luciana siempre saca temas: que leyó tal libro, que vio tal película; sin ella, nosotros no sabemos de qué hablar.

Decido ir. Cuando empiezo a caminar y veo que aparece el puto viejo, estoy a punto de volverme pero ya me vieron y no me gusta mostrarme arrepentido. Me tomaría un trago. Lo primero que me dice Andrés cuando me ve es por qué camino arrastrando los pies. Le digo que estoy cansado y enseguida el viejo hace su comentario de mala onda:

—¿Cansado de qué? Si ni al colegio vas.

Prefiero no contestarle, él tampoco parece esperar mi respuesta. Como siempre, su único interés es venderle porro a Andrés.

—Tomá, agarrá, con eso no hacés nada. Después me lo pagás —le dice.

Pero Andrés no los quiere. No sé cuántos porros le quería dar. André dice que le dé uno, pero la mira a Luciana y acepta dos.

El viejo insiste con diferentes argumentos, que es hachís puro, que es buenísima, que no cuesta mucho más que la de siempre... Hasta que no termine con su negocio, el viejo no va a parar. Y yo ahí sin poder dar mi noticia. Sigue hablando de lo buena que es la yerba y salta a halagarle la campera a Andrés. Que qué buena calidad, que quién se la compró y así. El tipo quiere parecer simpático y entrador. Andrés le cuenta que se la trajo el padre de su último viaje. El padre es empresario, viaja mucho, tiene un auto de alta gama; más de una vez lo vi entrar al garage. A nosotros apenas nos saluda. Creo que no le gustamos. Luciana lo saluda con una sonrisa de oreja a oreja. Yo, parco, como es mi costumbre. Amargo obrero.

Y el viejo sigue:

—¿No querés un par más, así ya tienen para el fin de semana? Yo sé lo que te digo, después me vas a llamar y ya no voy a tener.

Andrés le dice que es suficiente para los tres.

No sé por qué me incluye a mí, si yo no fumo. Luciana le pregunta a Andrés cuánta plata le debe a Santiago, así se llama el viejo. Y Andrés, levantando la voz, aclara:

—¡Le debemos!

Empieza todo un tironeo sobre quién debe a quién y el viejo aclara enseguida que el deudor es Andrés. Más allá de quién fume o no. La deuda es de Andrés y aclara que él se maneja con gente de palabra... Y sí, obvio, más que palabra, con gente de plata y yo no tengo ni un peso y Luciana siempre dice que ella no compra, que si la convidan, ok, pero que no pone un peso.

De repente, no sé por qué, el tipo me empieza a mirar, yo le sostengo la mirada. Me pregunta con muy mal tono:

—¿Y vos? ¿Sos mudo?

Andrés interviene y le dice que yo soy de otro palo. Pero algo tengo que decir, no puedo seguir callado y parecer un boludo.

—Prefiero la cerveza —digo. Y otra vez el viejo, dale con su sermón: que el alcohol te revienta el hígado, que lo que él vende es natural, sanísimo, que si hiciera daño "yo no lo voy a andar ofreciendo. Yo también tengo hijos, tres. Además, ¿cuántas birras te tenés que tomar para colocarte, para estar con onda? Y encima te sale mucho más caro. ¿Y esta, no la conocen? Es un flash total, la probás una vez y... ¡otra que el porro! El mejor de los viajes".

Andrés le retruca que no siga ofreciendo, que el que tiene que pagar es él y que todavía no le dijo cuánto le debe.

Luciana está por encender el porro, pero el tipo la detiene de un empujón.

—¡Ni se te ocurra prender! Esperá a que me vaya y después hacé lo que quieras. ¿Cuánto me debés? Y... unos miles.

Andrés lo mira con cara de espanto ante semejante cifra. Yo no tengo dudas de que el tipo es un aprovechador. Lo calé de una.

La conversación se va poniendo cada vez más enredada. Pero el viejo no se detiene, quiere ganar plata y ofrece otra droga que dice que agudiza los sentidos... Pienso que esa sí me convendría probar, porque en más de una oportunidad me distraigo, el entrenador me dice "concentración, pibe, concentración". Pero claro, está el tema del *doping*: ahora no me van a hacer el test, pero jugando en primera, no sé. Por las dudas no me arriesgo. Con el alcohol no tengo problemas: calculo los días como para llegar bien, limpio. Últimamente me estuve pasando. Será que es así como dicen, que para colocarse se necesita tomar cada día un poco más. No creo, mi vieja toma parejo desde hace años. Y ahora que le empecé a sacar, parece que no se da cuenta.

No veo la hora de que se vaya este forro para poder contarles. No tuve una sola oportunidad para hablar y adelante del viejo ni pienso. De repente, me sorprende el tono de voz de Luciana preguntando si es cocaína. Dice:

—Le tengo unas ganas... pero no me animo, seguro que, como soy, me quedo pegada.

Y otra vez le da pie al tipo para que dé sus argumentos sobre las virtudes de la cocaína. Hacen unos chistes que no alcanzo a entender, que el talco, que la harina, no sé, se ríen. Como siempre, a ella todo le causa gracia. No me gusta cómo la mira el viejo. Me toma de sorpresa cuando me dice:

—A vos sí que te vendría bien un toque de algo, ¡tenés una cara de amargado!

Le contesto de mal modo que es mi cara de siempre. Luciana se ríe. En ese momento recuerdo cuando la semana pasada fui a darle un beso y me dijo que tenía aliento a perro. Así dijo. A perro. Y puso cara de asco. No le respondí. Fue al otro día de haber tomado media botella de vodka. La había traído el amigo de mamá junto con dos de champagne y dos vinos. El pelotudo a mí me trae pomelo. Falta que me traiga chocolatada. A mamá no le gustan las bebidas blancas, así que me serví creo que cuatro veces y me la tomé haciendo fondo blanco. De paso la ayudé a mamá a tomar menos. Un acto solidario. Me gusta sentir el alcohol en la boca, y después seguir el recorrido dentro de mi cuerpo. Cómo va quemando, un fuego intenso con el que vibra cada partícula de mi ser. El vodka es lo mejor, con la cerveza no tenés esas sensaciones.

La miro a Luciana; bueno, la miro todo el tiempo. La mirada de Luciana se transforma, abre los ojos muy muy grandes, pienso que me está leyendo el pensamiento. Pero no, susurrando dice:

—¡La cana!

Una luz nos ilumina, una luz azul intermitente. Es un patrullero. Sin dudarlo, me levanto del escalón donde estaba sentado y siento una presión en el brazo. El viejo me retiene.

—Quieto —dice—. ¿Cuántos años tenés?

Le respondo y forcejeo para que me suelte. Pero no, presiona más fuerte mi antebrazo. En apenas un segundo, mete una bolsa dentro de mi campera dándome una orden:

—¡Guardá esto! ¡Escondelo! Y si preguntan, les decís que la compraron ayer para repartir entre los tres y que yo vine para ver si tu viejo nos consigue entradas para la cancha. Mañana, Boca.

—De ninguna manera, yo no voy a decir eso.

Y amago con sacar la bolsa de adentro de mi campera. Y ahí es Luciana quien me empuja diciendo que haga lo que él dice, que él sabe. ¿Luciana está del lado del viejo de mierda? Me da bronca y vuelvo a meter la mano en mi campera. Que la tenga otro. ¿Por qué yo? Andrés también se levanta, me parece que está por llorar.

—Yo ya fui en cana, tengo una entrada. Por favor, Gonzalo —me dice—. Mi viejo me mata.

Santiago está demasiado tranquilo, raro, y con su voz calma dice:

—No hay que mostrar miedo, yo sé lo que les digo.

Sí claro que él sabe, qué miedo va a tener si me encajó la bolsa a mí. Y se lo digo:

—Te aviso que yo cuento todo, yo no tengo nada que ver, nunca consumí las mierdas que vos vendés.

Luciana me mira, muy seria. Nunca la vi así, solo la conocía sonriendo. Me pregunta:

—¿Somos amigos o no somos amigos?

Otra vez me resuena su voz... aliento de perro. Mientras, Andrés relata con precisión lo que hacen los canas, es el único que está de frente a la casa de empanadas donde se estacionaron. Repite una y otra vez "¡mi viejo me mata!". ¿Ahora se da cuenta? Si él fue el que nos metió en este lío. Me sale de repente y les grito:

—¡Mi vieja nunca quiso que esté con ustedes! Porque me iban a traer problemas.

Andrés se enfurece:

—¡Si no estás con nosotros con quién, si a vos no te da bola nadie! Mirate cómo estás vestido. ¡Si vas en cana, mejor, a tu vieja le hacés un favor! Más guita para emborracharse tranquila.

Le digo que no se meta en mi vida, pero deseo que la cana se los lleve a los tres.

Luciana pregunta si siguen mirándonos; tiene una expresión en la cara que no reconozco, está fea. Santiago le dice que se tranquilice, que hay que seguir así como estamos, charlando, y ahora: "¡Vamos a reírnos a carcajadas!", ordena. Yo no voy a obedecer, hacer esa pantomima, ¡iréme! Lo que me falta. Que se jodan, yo tengo 17, a mí no me llevan. Los del club pueden dar las mejores referencias, contarles que pasé a primera, que fui seleccionado entre varios; ni siquiera me vieron alguna vez borracho.

Me levanto decidido, saco la bolsa de mi campera, dispuesto a encajársela al viejo. En el momento en que estiro el brazo, siento algo frío en el estómago, un ardor. Escucho su voz:

—¡Quieto, pendejo! ¡Reíte! Vamos, ríanse los tres, acabo de contarles un chiste, ¡vamos a reírse!

Alcanzo a ver el brillo de la navaja sobre mi estómago, mientras el viejo suelta una carcajada. La luz del patrullero ilumina la sonrisa de Luciana, sus dientes blancos y su boca ancha: parece el Guasón. El auto, que había arrancado, disminuye la marcha al pasar frente a nosotros. Se oye cómo laten nuestros corazones. Pasa lenta, muy lentamente. Sentimos la mirada de los policías... Y sigue de largo.

Estoy confuso, no puedo detener las carcajadas, son temblores y arcadas. Algo muy raro en el cuerpo. Como cuando me tomé el vodka. A lo lejos oigo la voz de Santiago que me pide la bolsa. Dice:

"Zafamos". Pero también que ya los tienen vigilados, y no sé qué otras cosas dice. Andrés pregunta:

—¿Y ahora qué hago? Yo vivo acá, me van a ver todos los días.

El viejo larga una carcajada mientras con un gesto confianzudo despeina a Luciana.

—¡Ah, pendejos, cómo se cagaron! —Pasa del tono de jolgorio a la pregunta. — ¿Dónde está la plata?

Andrés le explica que no tiene, que la semana pasada le chocó el auto al padre, y que por unos días no le va a dar ni un mango. El viejo nos mira a Luciana y a mí y nos pide que le mostremos los bolsillos. Nos palpa. Me da tanta bronca que nos toquetee que le digo que no pienso darle ni un peso; igual mis bolsillos están vacíos. Y Luciana, ni bolsillos tiene. Con su re mala onda, el viejo dice que nosotros estamos con Andrés por la guita, le dice: "Flor de amigos te echaste". Horrible decirle eso. Andrés insiste diciéndole que ya le va a pagar, le devuelve los porros que le trajo, le pide que se vaya, que él le va a avisar cuando consiga la plata. Y no tiene mejor idea que decirle:

—Ahora andate, mirá si vuelven y te agarran con la bolsa, podés ir preso.

Santiago se guarda los porros, se acerca a Andrés casi a un centímetro de su cara y le dice:

—¡Uh, mirá como tiemblo...! ¡Qué tontito que sos! Sepan que cuando yo nací ustedes estaban de un huevo al otro, los tres nenes de mamá. Estos porritos no me preocupan, lo que me importa es la deuda. ¿Vos me viste cara de boludo? ¿Me voy a ir así, con una promesa?

Yo no aguanto más, Luciana está a punto de llorar. Me sale una voz que no reconozco.

—Andrés te dijo que esperes unos días, ya te lo va a pagar. Y además, vos a mí me debés un favor, te hice zafar de la cana, si yo quiero te denuncio. Así que raja de acá.

El tipo se me tira encima y vuelvo a sentir ese ardor, esta vez en la mejilla. Dice:

—Un recuerdo, pendejo, la próxima te dejo la marca de por vida.

No aguanto el llanto. Andrés le dice:

—Pero ¿no éramos amigos?

El tipo está enfurecido, demasiado tiempo invertido en nosotros y no piensa irse con las manos vacías.

*(Aquí se interrumpe el cuento de la autora)*

•••

## **AZUQUÍ TAR**

Gilda Bona

En la madrugada del 23 de julio de 2019, octavo aniversario de la muerte de Amy Winehouse, soñaba con ella cuando su voz me despertó. Hacía mucho que Amy era el *ringtone* de mi celular. (En mi sueño era la Amy de *Frank*, su primer álbum, el que sacó a los veinte años, cuando era pulposa, de sonrisa y mirada límpida; aunque ya se emborrachaba y fumaba marihuana, rechazaba el consumo de drogas duras.) Vi el nombre de mi amiga en la pantalla del celular. Pensé: "Que sea una cuestión de vida o muerte, Nanda, porque si no, no voy a perdonarte haberme interrumpido mi sueño con Amy". No tuve tiempo de preguntarle quién se había muerto, porque no bien respondí dijo: "Tengo que matarlo y tenés que ayudarme".

Supe, sin dudar, que hablaba de Sergio. Lo más probable era que hubiera vuelto a drogarse y Nanda necesitara hablar. Necesitaba hablar cuando Sergio se drogaba y siempre era para anunciar que esa vez sí lo echaría de su casa. La única variante de esa madrugada era que en vez de echarlo había dicho matarlo. Y que quería mi ayuda. Salí de la cama, necesitaba fumar; tenía la caja con tabaco y papelillos para armarlos en el living. En el camino le pedí que se calmara y que me contara que había pasado esta vez. "Después te cuento, ahora tomate un taxi y vení: tenés que ayudarme a matarlo". "¿Es un decir?", quise saber. "Nada de un decir", respondió. "¿Te volviste, loca?", quise saber, una vez más. Adiviné o imaginé su negación con la cabeza antes de que me dijera que en ese momento estaba más cuerda de lo que había estado en toda su vida y agregó que no demorara, que se lo debía. ¿De qué hablaba? ¿Qué le debía como para tener que convertirme en asesina para saldar esa deuda? Me respondió que le debía haberme llevado al grupo de Adictos a Personas para librarme de Beltrán.

¡Eso era una injusticia en su máxima expresión! Era cierto que ella me había ayudado a cortar mi relación con Beltrán que aparecía y desaparecía de mi vida según le diera la gana y yo vivía esperándolo, presa de su antojo. Era en la época que yo había descubierto a Amy (ella estaba muerta pero para mí estaba más viva que todos los vivos que me rodeaban) y totalmente influenciada por ella, cuando Beltrán aparecía, lo apretaba contra mi pecho y le decía que si él volvía a desaparecer yo iría *back to black*. Él me callaba con besos y me hacía acabar gloriosamente. De inmediato él cerraba los ojos. Decía que él necesitaba dormir, para recuperar energías. Yo le decía que mientras él se recuperaba fumaría un cigarrillo. Él me decía que no, que me quedara ahí a su lado,

que durmiéramos y que al despertarnos fumaríamos y charlaríamos y nos reiríamos. Yo cedía con la esperanza de que esa vez sería distinto. Pero, al despertarme, Beltrán ya se había ido. La última vez me afectó tanto que estuve una semana en cama, sin parar de llorar. Nanda, que sabía la historia, me llamó después de seis días de escucharme llorar por teléfono para informarme que al día siguiente pasaría a buscarme a las nueve en punto de la mañana para llevarme al grupo de Adictos a Personas. Le dije que yo no era adicta. No discutió, solo volvió a decirme que pasaría por mí. A las nueve de la mañana del día siguiente, llorosa y despeinada, subí al taxi en el que me pasó a buscar.

Al tercer sábado de entrar al grupo (Nanda se había quedado conmigo la primera vez), bloqueé a Beltrán en mi celular y nunca más lo vi. Una vez, estoy segura de que era él, sonó el portero eléctrico a medianoche, un viernes, y ni siquiera tuve que hacer un esfuerzo para no responder.

Chau, chau, Beltrán.

Yo le estaba muy agradecida a Nanda por haberme obligado a ir al grupo de Adictos a Personas, pero que pretendiera que le pagara ese favor convirtiéndome en asesina, era inadmisibile. Antes de que pudiera decírselo, me dijo que me esperaba en su casa dentro de la media hora siguiente y cortó.

Nanda era mi amiga, no podía dejarla así mal como estaba, pero yo no me convertiría en asesina para que ella se quitara de encima a Sergio. Y lo peor de todo era que no podía mandarla a hacer lo que ella había hecho conmigo porque ya había ido al grupo de Adictos a Personas y no le había hecho mella. No había podido desprenderse de Sergio. No era la primera vez que se enamoraba de uno que le daba a la fafafa, pero Sergio les había pasado el trapo a todos. No solo en enamorar a Nanda sino en el grado de adicción que sufría.

Más de una vez había pensado que Nanda era con Sergio como Amy había sido con Blake, su marido, que la había introducido a las drogas duras: ambas estaban dispuestas a morir antes de separarse. Amy lo había expresado de manera categórica: "Me enamoré de alguien por el que hubiese muerto, y eso es como una verdadera droga, ¿no?"

Amy y Sergio tenían en común la música —él era baterista—, los ojos verdes, y la delgadez. Casi no consumían comida, sí marihuana, crack, cocaína y heroína.

La única diferencia entre Sergio y Amy, además de la fama y las distintas virtuosidades, era el poder adquisitivo. El padre de Amy tuvo que ponerle vigilancia privada las veinticuatro horas para impedir que la manada de *dealers* que acechaba su casa para ofrecerle las sustancias de mayor calidad y precios astronómicos, lo lograra. Antes de esta medida de seguridad, Amy amable y generosa como era, los recibía a todos y a todos les compraba. En cambio, Sergio no tenía ni un peso. Había reventado

todo lo que compró o ahorró en su época de músico bien pago, cuando estaba limpio; antes de descender al bajo fondo de la adicción. Terminó tocando la batería en la calle. Eventualmente también la perdió. Se armó otra con baldes de pintura (nunca a le pregunté a Nanda si él le había contado de dónde los había conseguido). Lo que la gente le dejaba en una bolsa de plástico, a modo de gorra, se lo esnifaba el mismo día. Se lo esnifaba o inyectaba, o las dos cosas. No recuerdo. La información detallada me la pasó Nanda cuando lo conoció. Me lo contó con ojos llorosos: sentía una enorme pena por ese hombre talentoso que había sucumbido al naufragio de las adicciones.

Pero eso había sido antes, me aseguró Nanda, con sonrisa de enamorada. Ahora todo sería distinto. Sergio estaba dispuesto a volver el tiempo atrás, a ser el que había sido. La voluntad de Sergio se quebró pronto. Y fue ahí que empezaron los llamados de Nanda después de la medianoche, que era cuando cerraba su pequeño, pero siempre concurrido bar *Azuquítar*.

En ese entonces yo todavía fumaba, tabaco armado, y era una perdición cada vez que salía con ella. Todo el control que me imponía para no fumar en exceso se iba barranca abajo en esas noches de desasosiego de Nanda. Me afectaba escucharla, verla desasosegada. Yo no era capaz de amar como amaba ella, concluía. Me había quitado de encima a Beltrán luego de ir tres veces miserables al grupo de Adictos a Personas. En cambio, Nanda era como Amy: capaz de inmolarsse por amor.

En una de esas salidas decadentes me preguntó si me había dado cuenta de que ella también era adicta. ¿Qué decís?, dije. Se revolvió en su asiento: sí, lo era, lo era. ¿Acaso no había fumadores activos y pasivos? Esperó mi respuesta. "Sí", dije y encogí los hombros. "¿Y?" Ella era una adicta pasiva. Esa tarde se había dado cuenta. Dio un puñetazo en el aire, juró por una santa mexicana (no recuerdo el nombre) en la que creía ciegamente, que lo dejaría, a Sergio. Que al otro día bien temprano en la mañana lo iría a buscar por la ciudad (cuando Sergio conseguía para la fafafa desaparecía como Beltrán), y le diría que hasta ahí habían llegado. Yo asentí con la cabeza, fumé, bebí y no le creí; porque, ya lo dije, Nanda era como Amy, capaz de sacrificios magnánimos por amor. Bastaba con decir que a Sergio lo había recogido de la calle una noche de crudo invierno en la que él se asomó a la puerta de *Azuquítar*, luego de haberse sentido arrasado por el aroma que salía de allí, dejando la batería en la esquina, donde había estado tocando. Después le diría a Nanda que no había podido controlarse porque el aroma era como una droga. Declaración que no la sorprendió. El aroma que había atraído a Sergio al umbral de su negocio era el del manjar que le daba su nombre y que —oh, la vida y sus causalidades— significa cocaína en la jerga mexicana de drogas. Era creación de Nanda y lo había bautizado así porque cuando lo inventó, antes de abrir el bar, todas sus amistades, incluida yo, le decíamos, justamente, que su creación era como una droga: no podíamos parar de consumirla.

Sergio no se atrevió a cruzar el umbral. Nanda, atenta, con sonrisa mediante, a las personas que entraban o se asomaban a su negocio lo vio. Hacía mucho frío y se notaba desamparado. Lo invitó a entrar, a sentarse a una mesa. Ella misma le sirvió una generosa porción de su creación y un café con leche. Sergio la miraba atenderlo con el verde chamuscado de sus ojos, agradecido. Se presentó: Sergio Marcusse, baterista, para servirte. Luego del café con leche y de que Nanda le envolviera para llevarse la porción de torta que él no tocó, la invitó a escucharlo en la esquina. Nanda, por supuesto, no pudo rechazar la invitación. Y fue allí, en la esquina, a merced de un frío impiadoso, mientras escuchaba a ese hombre en ruinas tocar la batería con el alma en las manos, que su corazón, de inmediato, le abrió la puerta.

Esa misma noche Nanda puso en marcha el Operativo Rescate. Lo llevó a una pensión y se la dejó paga por una semana. Al cabo de ésta, lo llevó a vivir a su casa.

De inmediato, feliz como no recordaba haberla visto nunca, se puso en campaña para comprarle una batería. Y de las mejores: Sergio era un gran baterista, tenía que tener una batería acorde a su talento. Le sugerí que esperara, que antes de endeudarse (tendría que sacarla en un sinfín de cuotas) tuviera la certeza de que Sergio continuaría mejorando, que abrazaría esa nueva oportunidad que le estaba dando la vida. Bueno, más que la vida, ella. Pero no. Nanda no podía esperar. Sí, ahora que lo pensaba, Nanda era una tremenda coadicta.

Mientras esperaba que pasara un taxi por la avenida desierta, me pregunté cómo pensaba Nanda matar a Sergio. ¿De un tiro? ¿Tenía un revólver? ¿Lo acuchillaría? ¿O pensaba matarlo de la manera más simple?, dado el caso: una sobredosis de azuquítar, no su manjar, por supuesto Esta última hipótesis criminal me disparó una puntada feroz en la cabeza, por ser la más cercana, la más factible para llevar a cabo. Sentí que la muerte de Sergio ya era un hecho consumado.

Un mensaje entrante de Nanda me sacó de mi elucubración criminal. "¿Y?" Decía. Por favor, esa mujer estaba sedienta de sangre. No le respondí. Acordé conmigo misma que llegaría a su edificio, tocaría el portero eléctrico y no empujaría la puerta cuando ella la abriese; le exigiría que bajase. Una vez en la puerta, le daría un abrazo. Un abrazo sofocador con toda la intención de dominarla, de ejercer control sobre ella, mientras le susurraba al oído que pensara, que terminaría presa, que el sistema patriarcal no cobija a las mujeres, no importa si estas matan para que no las maten, o las violen, o las prostituyan. Muchísimo menos por matar a un novio adicto por no poder cerrarle la puerta de su corazón, la misma que le había abierto un año atrás, una noche helada en una esquina. Pasaría años de su vida en la cárcel, yo la iría a visitar, se lo prometía, pero no iba a mitigar su dolor por haber perdido la libertad. Otra puntada me atravesó la frente. Me dolía la cabeza. Ningún maldito taxi a la vista. Amy. Me ayudaría escucharla. Me puse los audífonos y elegí el modo aleatorio de Spotify de *Back to black*, su segundo y último álbum. La canción que me entró por los oídos fue *Rehab*: "They

tried to make me go to rehab, y said no, no, no..." *Stupid Amy*, si hubiese ido a *rehab*, probablemente no habría muerto y hubiese sacado un tercer álbum y un cuarto y muchos más.

Un taxi apareció. En el viaje Amy siguió cantándose. Pensé, de repente, que antes de Amy yo nunca había sido fanática de ningún artista. En ese instante me di cuenta (tuve que bajar la ventanilla porque sentí que iba a desmayarme): ¡era adicta a Amy! No lo podía creer, acababa de entender por qué no podía dejar de escucharla. Había logrado dejar mi adicción por Beltrán, pero supe que con Amy no lo lograría.

El taxista me sacó de mi reflexión de adicta. Habíamos llegado. Respiré largo antes de presionar el portero eléctrico de Nanda. Me sobresaltó la inmediatez de su respuesta. ¿Me había estado esperando al lado del portero? Tardé un segundo en responder, ella no: abrió al tiempo que me ordenó subir. Esta vez no demoré la respuesta, le ordené que bajara. "¿Estás loca?", me respondió. Hacía una hora que me esperaba, que subiera de una vez. "Bajá", le ordené otra vez. Un silencio. Nos conocíamos bien. Bajaba, dijo.

Cuando apareció por la puerta abrí la boca. No lo podía creer. Había esperado encontrar una mujer de mirada inyectada en sangre y lo que encontré fue una Nanda en ruinas; despeinada, los ojos hinchados como si hubiese estado boxeando, la ropa arrugada, mojada, de llanto, seguro; hasta se veía mayor de lo que es. El miedo que me invadía se desvaneció en un segundo. El abrazo sofocador que había preparado para maniatarle el ímpetu asesino fue uno de cobijo. Y ella, que no se dejaba abrazar mucho, se quedó entre mis brazos mucho más de lo habitual. Opté por no decirle nada, hasta que ella hablara. Cuando lo hizo me dijo: "Tengo el corazón roto, amiga, pero la decisión más firme que nunca; no puedo más, tengo que matarlo de una vez por todas."

Necesitaba ganar tiempo. Le pregunté qué había pasado esta vez, qué de distinto. A lágrima viva me contó que hacía poco más de un mes había conseguido que el dueño de un bar vecino al suyo, donde siempre había algún músico tocando, aceptara que Sergio tocara allí. Le reproché que no me hubiese dicho. No había invitado a nadie, me aclaró. En el fondo sabía lo que iba a pasar. Qué había pasado, pregunté. El dueño del bar, sin que Nanda supiese, había accedido a darle a Sergio un adelanto de lo que le pagaría esa noche, luego de que tocara. Nanda le había dado de todo a Sergio, casa, comida, batería nueva, celular, plata no. Sergio se había negado a ir a *rehab*, como Amy, que saldría solo, le dijo. Había tenido recaídas, muchas, pero no con la plata de Nanda; era su manera de seguir apostando al milagro.

Nanda, sentada entre el público, con el teléfono celular en cámara, esperando ver a su amor, rumbo a la recuperación total, lo esperó en vano, como el resto de la gente, luego de que el dueño del bar, el mismo que le había dado un adelanto del dinero, lo anunció.

Apareció a los días, golpeado, sucio, suplicante. Le pedía perdón de rodillas. Nanda, que había estado esperando ese momento llena de odio para echarlo, lo perdonó. A partir de ese día Sergio había cumplido con lo prometido: se mantuvo limpio, tocando la batería en el living de Nanda, para su deleite, porque, ya sabemos, Sergio era un excelente músico. Pero, esa noche, cuando volvió a su casa, luego del cierre de su negocio, no lo encontró. La batería tampoco estaba. Lo llamó al celular y la atendió un hombre que no era Sergio. Era un viejo amigo de él, músico también, le dijo. Sergio lo había llamado hacia un par de horas y le había pedido que le comprara el celular y la batería. Por supuesto él no tenía plata para pagársela en ese momento, pero Sergio se la había dejado en cuotas, el celular también. Esa noche le había pagado la primera. Nanda había sentido que se moría. Ni siquiera tuvo la fuerza para decirle al tipo que era un aprovechador, porque él, seguramente, sabía lo que Sergio haría con la plata. Había llorado tanto como no recordaba haber llorado en su vida. Pero también había sido la primera vez que no había salido a la calle, sin rumbo fijo, a buscarlo. Entonces me había llamado para que la ayudara a matarlo. Momento de interrumpirla. Le dije que esa no era la solución, que yo no sería su cómplice. Que por favor, se calmara, que ella tampoco era una asesina.

*(Aquí se interrumpe el cuento de la autora)*